



Justo Alejo a Contrapelo de la Realidad

JOSÉ A. PASCUAL*

Real Academia Española, Madrid, Spain

Una cosa es que “*Subspecie aeternitatis todos, sin excepción, s[ea]mos unos fracasados*”² y otra que, para lograrlo, unos tengan que esmerarse más que otros. Justo Alejo llegó a adquirir esta condición de fracasado sin tener que esforzarse demasiado. Contaba con todas las cartas para conseguirlo y si no fue el número uno en su promoción es porque se le adelantó la condición de poeta maldito a la del fracasado propiamente dicho. Todo empezó en los días azules de la infancia, en que aquel futuro escritor fue pidiendo cartas para el juego de la vida, sin darse cuenta quizás de que le iban a quedar pocas jugadas favorables para escapar a la melancolía, en aquellos tremendos años de postguerra pasados en ese finisterre de Europa que es el campo de Sayago. ¿A qué esperanza podía agarrarse para subsistir?

Para salir de otro tipo de melancolía que me ha amenazado en este medio año de confinamiento –que de alguna forma tiene pinta de continuar al menos otro medio más–, recurrí a releer a este poeta de Sayago, recordando cómo me ayudó a pasar el trago de aquella absurda mili que me tocó hacer, la obra de Kafka. Tenía ahora a mano a un Justo Alejo que descubrí hace cinco años,

* **Author’s address:**

Real Academia Española

Felipe IV, 4, 28014 Madrid

E-mail jpascual@rae.es

² Fred Uhlman, *Reencuentros*, trad. de E. Golisgorsky, Barcelona: Tusquets 2008: 114.

gracias a la cuidadosa edición que Antonio Piedra había hecho de sus poesías³. Me pareció el momento oportuno para releerlas —ahora con tiempo y calma— y reencontrarme así, a través del discurrir de sus versos y de lo que ostensiblemente no lo son, con la historia de cómo fue adentrándose el adolescente Justo por aquellos jardines colgantes de Babilonia, de los que se había sentido embelesado, con la tenacidad de quien antepone a todo alcanzar una buena formación. Sus logros, que debieran haberle llevado a un buscado paraíso, no le libraron de que se decidiera finalmente a desaparecer, abandonado por la esperanza.

No sé si, de haber vivido, Justo, que hoy sería un nonagenario, se sentiría orgulloso de su producción. Pues no hubiera sido el orgullo lo esperable en un poeta tan empeñado en ajustar las cuentas a la realidad con su escritura, tan descortés con los ritos con los que se la suele envolver, tan independiente mientras moldeaba a su antojo las palabras que le acechaban, sin querer meterlas con calzador en cualquier otra escuela distinta a la suya propia, que fue surgiendo día a día. Una escuela que estaba conformada por su vida, por sus pensamientos y por sus múltiples lecturas. Relacionado con todo esto, he de decir que no he visto —y no niego que no se deba a una carencia imperdonable mía— cómo encajar en las convenciones de la poesía del momento el refugio que Justo Alejo trataba de encontrar en la literatura, mientras buscaba explicarse a sí mismo.

Fue la suya una literatura hecha a contrapelo de todo cuanto le rodeaba, la venganza personal contra el obsceno empaque de esas existencias que están ahí para aherrojar a los demás por medio de la retórica de lo cotidiano, en forma de convenciones como la patria, la religión, el país, la tradición, la costumbre, lo que siempre se ha venido haciendo . . . Pero esto ocurre sin que el escritor sepa desprenderse de los buenos sentimientos. Lo vemos cuando se ampara en la prosa en favor de sus paisanos, con la cautela de despojarse de cualquier exceso que pudiera originar no ser escuchado. ¡Él, que ni siquiera logró ser oído! Actúa así en la presentación que hace en su *Prosa errante* de Sayago, propia de un regeneracionista que se hubiera atrevido a mezclar el tono de una enciclopedia con el de un folleto turístico, y se sintiera capaz de alternarlos conceptos propios de la sociología con los de la historia, para desembocar en un cierre emocionado hacia los suyos:

³ Justo Alejo, *Poesía*. Edición y notas de Antonio Piedra, 2 vols., Valladolid: Fundación Jorge Guillén, 1997. De esta edición proceden las referencias que hago de los escritos del poeta, en cursiva y sin dar cuenta de la página en que aparecen.



Carente de industrias manufactureras, su peculiar actividad se centra en la artesanía, con sus alfarerías de Pereruela de renombre nacional. Otra de las especialidades artesanas es la confección de mantas de trapo, que en Fermoselle y Almeida han adquirido elevado desarrollo. En cuanto al folklore popular, rico y vario, destacan las danzas típicas, de ritmo y melodías originales, conservados a través de los tiempos, merced a sus magníficos gaiteros-tamboriteros, a los que solo podría encontrarse semejanza en el *chistulari* vasco, acaso su concreto antecedente, debido a las repoblaciones realizadas en la reconquista por los reyes de León. De las danzas merece mención especial el “charro” y el “Ramo”. Una mayor comunicación con Portugal, mediante una adecuada red de carreteras, haría de esta bucólica comarca una envidiable zona turística - los ríos a más de sus gigantescos embalses, poseen playas y parajes deliciosamente gratos a los veraneantes-, industrial y comercial favorecida por los infinitos recursos naturales, amén de las posibilidades de una ganadería que aún no ha encontrado el camino conducente al desarrollo de su merecida riqueza. El atisbo de nacies cooperativas de producción puede, en un futuro inmediato, colmar toda la gama de tan nobles aspiraciones. Por lo demás, Sayago no es rico ni pobre. En la aldea más humilde, cada vecino cuenta al menos con lo indispensable para vivir, *cuya filosofía práctica le enseña a poseer sin desear*. Cuando carece de lo más apremiante emigra a otras tierras, para volver con holgado peculio que le permita moverse de nuevo sin agobios económicos entre los suyos. Dotado de una preparación profesional de la que actualmente carece, su constancia, su seriedad, su honradez y su espíritu de sacrificio, unidos a su natural inteligencia, le harán al sayagués digno de figurar en las primeras filas de las artes y las técnicas.

Se entiende el intencionado prosaísmo de estas líneas, como si se tratara de una condición necesaria de la prosa argumentativa. Se explica también que pudiera en su obra literaria –pero aplicado ahora el sarcasmo al molde de la prosa– referirse en otro caso al *contenido de nuestro escrito AC-2/376 por el que le remitimos nuestra factura AC-13/703019 de ptas. 6.628,00 por suministro de dos membranas P7N 406835*. Como se puede justificar que no dudara en romper con aquello que se acerca de distintas maneras a lo burocrático, para ponernos delante esa carta familiar que empieza con *Mucha salud te deseo... quien de la misma disfruta gracias a Dios*. Aquí la ternura se superpone



a la ortografía, a la gramática y a la retórica, pues si todos los caminos pueden conducirnos a aquella, también pueden hacerlo los de la prosa más arrastrada.

Es la ternura que delatan unas palabras, a las que trata de proteger también con su simple empleo, como acontece con aquellas voces campesinas que la vida urbana no le ha hecho olvidar: así, el eufónico *alaciar*, aplicado al “signo que se hace con la mano o brazo a alguien que por lejanía u otro impedimento no le podemos hacer llegar la voz”, que se extiende por la raya de Portugal, y que con este sentido no lo registran los diccionarios más comunes, o la flor de la *turbisquera*, el *marroyo*, los *ziruletes* y las *pingonetas* de carámbanos, el *altarabanco*, la *nacencia*, el *halda* o ese *tamboritero* cuya *t* no deja de preocuparme. Me desentiendo de *retoricar*, que yo también empleo, aunque cambiando su forma y sentido en *retolicar* ‘refunfuñar’, pues se trata de una cuestión muy personal que no es esta la ocasión de explicar.

La cercanía de la naturaleza —o las múltiples formas que esta adopta— transforma el poeta las palabras en paisaje. A él se acoge *a ras de suelo* con una tristeza endémica. Da igual que en el otoño sea el lugar en que, *bajo un árbol que pierde su corazón frondoso*, ve cómo *caen las últimas hojas* o sea en la ciudad donde *al caer de las hojas surge la melancolía*.

Hay en la poesía alejiana, junto con esto, una sobreposición de lo lírico a lo narrativo dentro del mundo anímico, íntimo del poeta, desde el que, en eso tan simple como es vivir —*andar y morir cualquier día*— observa la perversión moral de quienes *quieren hasta morir haciendo ruido*, tan distante de situaciones en las que un obrero cae *sin alas desde el piso cuarto del edificio* —parece una premonición de cómo iba a ser su despedida de este mundo—, o viaja la gente en los *trenes de tabla y humo* o deja su vida en las *tascas repletas de ociosos*. En este mundo desesperanzado no llega a perder esa *fe pequeña* de quien piensa que si hay alguna solución será porque *otros nos suceden*.

Sensaciones como estas, junto a las que producen una mujer que puede llegar *en la rueda de los días lentos y con su flor de siempre y dulces ojos con sus labios de agua o esa amistad grata como la yerba*, se me han quedado grabadas en esta ahora menos alocada lectura que acabo de hacer de la poesía de Justo Alejo. Lo que, en cambio, no logra en tiempos atraparme y no lo ha logrado ahora son algunos de los procedimientos experimentales de la neovanguardia por los que se fue progresivamente adentrando, referentes varios de ellos al grafismo —o a los grafismos—. Me han sorprendido sus exageraciones tipográficas, con unas mayúsculas que parecen jorobas que les hubieran salido a las múltiples formas que toman las letras redondas en los textos del poeta.



Me cuesta encontrar la razón de los guiños de sus escalonados sangrados, ni siquiera cuando se despeñan en el vacío, en una fuga de letras, como las que se van desprendiendo (no es posible mostrar aquí cómo) de *Zamora llora y ora*. No he sabido entender el porqué de los distintos tipos de letra combinados en un mismo texto ni la razón de las negritas esparcidas acá y allá en algunos poemas ni cambios ortográficos como el de la *v* en *b*, sea en *biba* o en *vida*. No me he sentido atraído por esa especie de juego etimológico mezclado con charadas y criptogramas, como la *Castilla de castillos o paciente MENTEPAZiéndonos un ALA los ALAMos o el telef. . .] diario*, ni por esos otros juegos de orificios varios en el *Libro de Hora y Orificio*.

Y no es que no entienda que al sustrato que la vida y la literatura tienen en la poesía de Justo, este le ha ido añadiendo una mirada obsesionada por la publicidad que inunda nuestras ciudades, desbordadas por un mar de signos, mandatos, prevenciones, con que se organiza la vida de sus habitantes. Pero esto, paradójicamente, no me parece que haya servido como una ventana abierta desde la que el escritor superara el ensimismamiento; por el contrario, ha contribuido, a mi juicio, al progresivo aislamiento de alguien cuya *letra esta[ba] cansada de morir* y quiso desenfocar su escritura para quedarse con lo más externo de ella, hasta dar con *Este nuestro Huerto de los olivos*, que es un ejemplo de cómo la pasión por la escritura puede desquiciarse hasta llegar a justificar la transgresión por sí y en sí misma.

Llamemos a esto experimental, si se quiere. Yo me quedo con el otro Justo cuyas palabras nos remueven día y noche, como continuación de las que otro poeta había expuesto lisa y llanamente así: “*Madrid* es una ciudad de más de un *millón* de cadáveres (según las últimas estadísticas)”. Me quedo con su preocupación por un mundo vencido, esquelético, indiferente, de viejos con veinte años. Un mundo de *silencio y cierra España!* Un mundo que explica que *ten[ga]mos un miedo un decir en la punta de la lengua* y bajemos la cabeza para tomar como un bien que *el mejor verso del pueblo sea su silencio*. Queda muy dentro de mí esa realidad en la que las cosas que interesan *no vienen en el papel*, un universo en el que, por encima de todo, germina la sublimada amistad de quien no tiene inconveniente en compartir o en admirar a quien comparte. Pues en el triunfo de la muerte aparece también un sol que se siente orgulloso de alumbrar a las gentes, allá donde estén, *sean los campos de Argañán o los de la Armuña*, que no impide la existencia del otoño, connatural con su poesía, y permite esa mirada desconcertada de quien recuerda a *Marbella ~ Anarbella*, mientras pretende que no pase la vida *sin decir este pan es*



mío, mía es esta voz, en ese marchar adelante que conduce a no se sabe bien dónde. De este apresurado acercamiento a la poesía de Justo Alejo, queda clavada para siempre en el alma, o en lo que sea, el sonido tan elemental

*[d]el lenguaje que ahora traen los vientos,
el resonar las olas
de tus paso. . . .*

No está por eso de más dar cuenta de la inolvidable andadura de una persona buena, sabia, estudiosa, amiga. Un poeta que no merece el abandono. Sus palabras no me han abandonado en esta época en que he podido acogirme a la solidaridad de Justo Alejo con sus semejantes, particularmente con los que vendríamos detrás de él.

¡Cuánta tristeza de por medio! En estos tiempos que hacen prever mucha miseria.

Bibliografía

1. Alejo, J. (1997). *Poesía*. Valladolid: Fundación Jorge Guillén. Edición y notas de Antonio Piedra, 2 vols.
2. Uhlman, F. (2008). *Reencuentros*. Barcelona: Tusquets (trad. de E. Golisgorsky).

Author's Biodata

José Antonio Pascual Rodríguez es catedrático emérito de Lengua española de la Universidad Carlos III de Madrid; miembro de la Real Academia Española. Ha sido colaborador de J. Corominas en su Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico. Ha dedicado varios trabajos a la etimología e historia del léxico hispánico, a la metalexicografía. Ha trabajado sobre Fonética y Morfología históricas del español y de los dialectos hispánicos, situándose preferentemente en el período de los Orígenes de la lengua. Se ha ocupado también de asuntos filológicos referentes a los textos del Siglo XV, de los Siglos de Oro (particularmente de las obras de santa Teresa y del Quijote) y de autores modernos y contemporáneos.

